

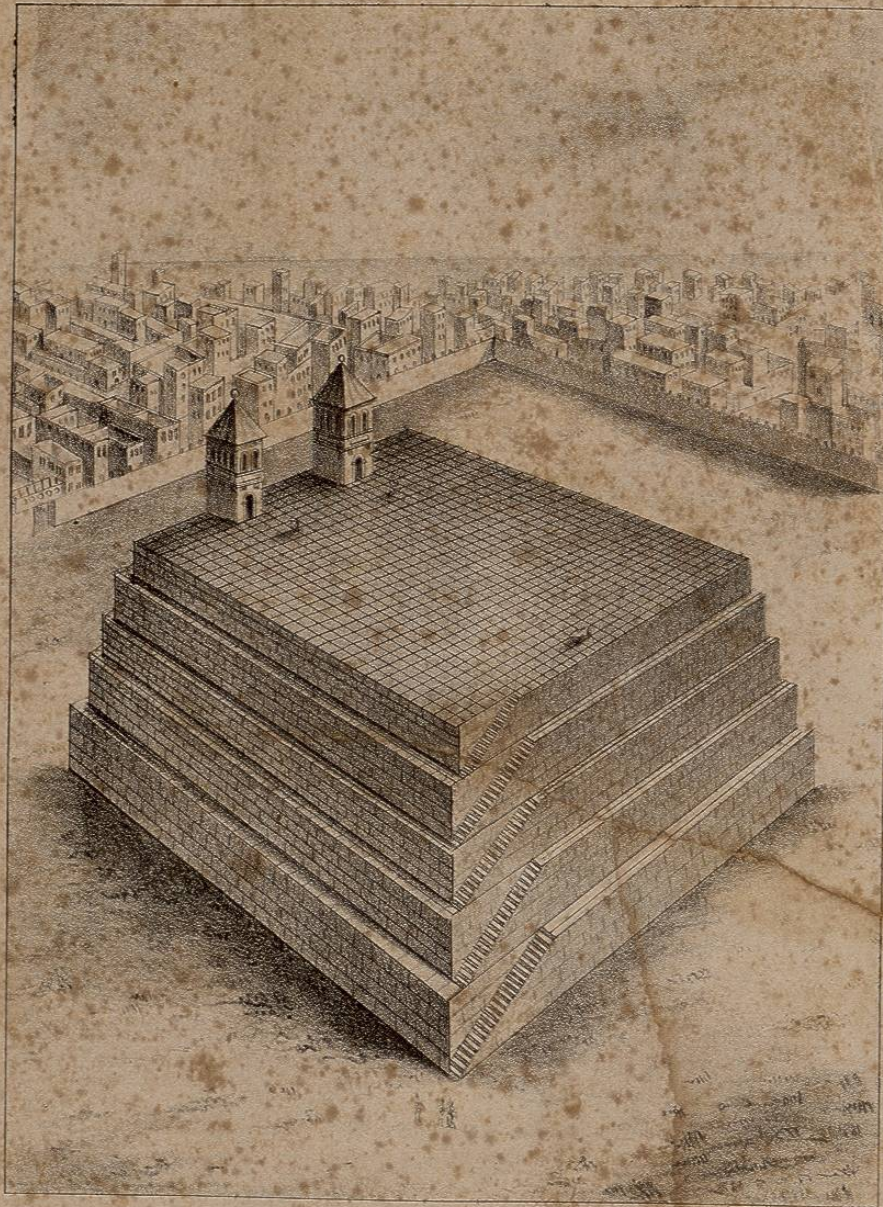
de tener fuerzas suficientes para ello, apenas contaba las muy precisas para defenderse á sí mismo. Su vigilante enemigo acechaba todos sus movimientos; y si debilitaba su ejército mandando muchos destacamentos, ó empleándolos á una gran distancia, no tardaría aquel en aprovechar esta oportunidad. Hasta entonces todas sus excursiones habían sido en puntos cercanos, desde donde las tropas despues de dar un golpe imprevisto y decisivo, podían regresar prontamente á sus cuarteles, en los cuales había la mayor vigilancia, viviendo los españoles constantemente preparados para un asalto, como si estuvieran acampados bajo las murallas de la misma Méjico.

Dos salidas había hecho el general, y en ambas se había batido con los aztecas en las inmediaciones de Tezcuco. Tuvo lugar la primera una vez que cruzaban el lago varias canoas ocupadas por mejicanos, que llevaban el objeto de transportar en ellas una gran cantidad de maiz; y creyendo Cortés que sería muy importante tomarlo para sí, salió á encontrarlos, se trabó una batalla, los derrotó y llevó la rica cosecha á los graneros de Tezcuco. Se verificó la segunda á consecuencia de que un cuerpo considerable de guerreros se había establecido en algunas ciudades inmediatas que habían permanecido fieles al emperador azteca. Volvió á salir Cortés, los desalojó, los derrotó en varios encuentros, y sometió las ciudades; pero para estas empresas necesitaba tener reunidas todas sus fuerzas, y ninguna le quedaba para auxiliar á sus aliados. En este conflicto su fecundo ingenio le sugirió un arbitrio con que suplir la falta de fuerza.

Algunas de las ciudades aliadas de fuera del valle, observando que ardian en las montañas muchas luminarias, creyeron que los mejicanos estaban reuniendo un grande ejército, y que los españoles debían estar muy hostilizados en sus cuarteles. Enviaron por lo mismo mensajeros á Tezcuco manifestando sus temores, y ofreciendo los refuerzos que había rehusado el general cuando emprendió su marcha. Dióles muchas gracias por sus ofertas; y al mismo tiempo que las rehusó para él como innecesarias, les indicó que podían serle útiles defendiendo á Chalco y otras ciudades que se habían acogido á su proteccion; pero sus aliados indios odiaban de muerte á los habitantes de aquellos lugares, que peleando bajo las banderas aztecas, habían hecho la guerra repetidas veces á los pueblos del otro lado de la sierra.

Apresuróse Cortés á terminar estas diferencias. Dijo á unos y otros que debían olvidar sus mútuas ofensas, puesto que habían entrado ya en nuevas relaciones: que eran ya vasallos de un mismo soberano, y estaban comprometidos en una lucha comun contra el formidable enemigo que por tanto tiempo los había tenido abatidos hasta el polvo. Separados harían muy poco; pero unidos podrían sostener su mútua debilidad, y tener á raya al enemigo hasta que vinieran los españoles en su auxilio. Estas razones produjeron al fin su efecto; y el hábil general tuvo la satisfaccion de ver que aquellas orgullosas y enemigas tribus, olvi-

que por ser vasallos de vuestra magestad, eran molestados y trabajados de los de Culúa." Rel. terc., en Lorenzana, p. 204.



TEMPLO MAYOR DE MEXICO.

dasen su inveterada rivalidad, y que prescindiendo del placer de la venganza tan grato para un bárbaro, se abrazaran como amigos y compañeros en una misma empresa. A esta sabia política debió el comandante español, tanto como á sus armas, las victorias que subsiguientemente obtuvo (14).

De esta suerte iban á cada hora minándose los cimientos del imperio mejicano, pues los grandes vasallos que residian inmediatos á la capital, y en quienes mas confiaba, se separaban de su obediencia uno tras otro. Los llamados propiamente aztecas, solo formaban una pequeña parte de la poblacion del valle, que en lo general se componia de tribus consanguíneas, miembros de la misma gran familia de los nahuatlacos que habian venido á la mesa central casi al mismo tiempo que aquellos. Todas eran rivales, y habian sido sojuzgadas sucesivamente por la mas belicosa de los mejicanos, que las mantenia sujetas, muchas veces por la fuerza, y siempre por el miedo. El terror era el gran vínculo que unia á los miembros heterogéneos de la monarquía, que iba entonces disolviéndose bajo la influencia de un poder mas fuerte que el de los aztecas. No era esta en verdad la primera vez que las razas vencidas trataban de recobrar su libertad; pero hasta entonces todas sus tentativas se habian frustrado por falta de union. Estaba reservado al genio extraordinario de Cortés extinguir sus antiguos odios, combinar sus esparcidos elementos de fuerza, y animarlas con un principio comun de accion (15).

Alentado con tan prósperos sucesos, creyó el general español que aquel era el momento favorable para entablar negociaciones con la capital. Aprovechó la presencia de algunos nobles mejicanos hechos prisioneros en la última accion con Sandoval, para enviar al emperador otro mensaje que en sustancia era una repeticion del primero, asegurando de nuevo que si se sometia la capital á la coro-

(14) Ibid., pp. 204 y 205.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 19.

(15) Oviedo lleno de admiracion por su héroe, hace el siguiente elogio de su política, prudencia y ciencia militar, que como con justicia predijo, immortalizarian su nombre. Es una bella muestra del estilo del antiguo é instruido historiador.

„Sin dubda alguna la habilidad y esfuerzo, é prudencia de Hernando Cortés muy dignas son que entre los cavalleros, é gente militar en nuestros tiempos se tengan en mucha estimacion, y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo muchas veces de aquellas cosas que se escriben del capitán Viriato nuestro español y estremeño; y por Hernando Cortés me ocurren al sentido las muchas fatigas de aquel espejo de caballería Julio César, dictador, como parece por sus comentarios, é por Suetonio é Plutarco é otros autores que en conformidad escribieron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés en un Mundo nuevo, é tan apartadas provincias de Europa, é con tantos trabajos é necesidades é pocas fuerzas, é con gente tan innumerable, é tan bárbara é belicosa, é apacentada en carne humana, é aun habida por excelente é sabroso manjar entre sus adversarios; é faltándole á él ó á sus milites el pan é vino é los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones é aires é tan desviado é lejos de socorro é de su príncipe, cosas son de admiracion.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 20.

na de España, se confirmaría la autoridad de Guatemozin, y se respetarían las personas y propiedades de sus súbditos. Ninguna contestación se recibió á esta proposición, porque el joven emperador tenía un espíritu tan indómito como el del mismo Cortés. Sobre su cabeza recayeron todos los efectos del vicioso sistema de gobierno que le habían legado sus antecesores: y aunque veía vacilar el imperio bajo sus plantas, creía poderle sostener con su energía y recursos personales. Previno la defección de algunos de sus vasallos poniendo fuertes guarniciones en las ciudades que habitaban, y á otros los ganó eximiéndolos de pagar tributo, disminuyéndoles los gravámenes que reportaban, ó elevándolos á puestos de honor y autoridad en el estado. Mostró al mismo tiempo su implacable odio á los españoles, mandando que todo el que se encontrase en sus dominios se mandara inmediatamente á la capital, donde era sacrificado con todas las bárbaras ceremonias prescritas por el ritual azteca (16).

Mientras esto sucedía, recibió Cortés la linsonjera noticia de estar concluidos los bergantines y listos para ser llevados á Tezcuco. Destacó con este objeto una partida de 200 infantes y 15 caballos á las órdenes de Sandoval, jefe que

(16) Uno de los gefes á quienes Guatemozin ocurrió para que le auxiliasen en su crítica situación, fué Tangapan, señor de Michuacan, poderoso é independiente reino situado al Este, que nunca había sido sojuzgado por el ejército mejicano. Las noticias que le mandó el emperador por medio de sus embajadores fueron tan alarmantes, según cuenta Ixtlilxochitl, que la hermana del rey se entregó voluntariamente á la muerte, temerosa de la venida de los terribles extranjeros. Depositóse su cuerpo, como era de costumbre, en el sepulcro destinado á la familia real mientras se hacían los preparativos necesarios para quemarlo; mas el cuarto día los encargados de velar el cadáver quedaron admirados al ver que daba señales de volver á la vida. La resucitada princesa recobró el habla y pidió ver á su hermano. Cuando éste llegó, le rogó no pensara en tocar un solo cabello de la cabeza á los misteriosos extranjeros. Díjole que se le había permitido ver la suerte de los que habían pasado al otro mundo, y que las almas de todos sus antecesores ardían en fuego inextinguible, mientras que las de los que habían abrazado la fe de los blancos estaban en la gloria. En prueba de ser cierto lo que decía, añadió, que en una gran festividad que estaba próxima, vería su hermano á un joven guerrero con una antorcha mas brillante que el sol en una mano, "y en la otra una espada de fuego, semejante á la que usaban los hombres blancos, que pasaría sobre la ciudad de Oriente á Poniente." No dice el historiador si esperó el monarca la visión, ó si por fin se realizó; pero confiando acaso en el milagro de la resurrección, como prueba bastante de lo que había dicho su hermana, licenció al poderoso ejército que había reunido en las llanuras de Avalos, con el objeto de auxiliar al emperador de Méjico:

Este milagro, con otros muchos incidentes que no es necesario repetir, quedó consignado en las pinturas geroglíficas de Michuacan, y los refirió al mismo historiador de Tezcuco el nieto de Tangapan. (Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 91.) Sea quien fuere el que se lo contó, no es difícil descubrir en él la misma mano piadosa que en el antiguo continente escribió tantas fábulas edificantes en pro de la Iglesia, y que en la credulidad del nuevo encontró en aquella época tan rica cosecha para la misma buena obra.

de día en día había ido captándose el aprecio tanto del general como del ejército. Aunque era uno de los oficiales mas jóvenes, tenía una sangre fría y un juicio tan recto, que le hacían á propósito para las mas delicadas y difíciles empresas. Había, es verdad, otros como Alvarado y Olid, cuya intrepidez los hacía igualmente aptos para dar un brillante golpe de mano; pero el primero llevaba algunas veces su valor hasta la temeridad, ó lo desvirtuaba con la violencia, y el segundo de carácter reservado y suspicaz, no era digno de una entera confianza. Había nacido Sandoval en Medellin, patria de Cortés, era muy adicto á éste y siempre se había mostrado digno de su confianza; era hombre muy callado, y que daba á conocer su mérito más con obras que con palabras. Su conducta franca y honrada le habían hecho el favorito de los soldados, y tenía influjo aun en sus mismos enemigos. Desgraciadamente murió en la flor de su edad; pero descubrió talentos y prendas militares, que si hubiera vivido largo tiempo, le habrían colocado en el catálogo de los primeros capitanes de su nación.

Debía pasar Sandoval por Zoltepec, pequeña ciudad donde habían sido asesinados los 45 españoles de que se ha hablado, y recibió órdenes de descubrir si podía á los culpables y castigarlos debidamente. Cuando llegaron allá los castellanos encontraron que los habitantes sabedores de su venida, habían huido todos. En los abandonados templos encontraron muchos vestigios del fatal destino de sus compatriotas, pues vieron suspensos de los muros como trofeos de victoria, no sólo sus armas, vestidos y arneses de sus caballos, sino las cabezas de varios soldados perfectamente conservadas. En un edificio inmediato vieron en las paredes escrita con carbon, la siguiente inscripción en lengua castellana: „en este lugar estuvo preso Juan Juste, con otros muchos que le acompañaban" (17). Este hidalgo era uno de los que habían venido con Narvaez en busca de oro; pero en vez de esto halló una oscura y poco gloriosa muerte. Llenáronse de lágrimas los ojos de los soldados al ver aquel melancólico recuerdo, y latió de indignación su pecho al considerar el horrible destino de sus compañeros. Afortunadamente para los habitantes no estaban presentes; pero algunos pocos que despues cayeron prisioneros fueron marcados como esclavos. La mayor parte de la población, que de la manera mas abyecta se puso á merced de los conquistadores, imputando toda la culpa del asesinato á los aztecas, fué perdonada por el jefe español, ya por piedad, ya por desprecio (18).

Siguió Sandoval su marcha para Tlascala; pero apenas había pisado los confines de la república, cuando vió flamear las banderas del convoy que escoltaba los bergantines, y que venía ya atravesando los desfiladeros de las montañas. Grande fué su satisfacción por aquel encuentro, pues había temido tener que demorarse algunos días en Tlascala para concluir los preparativos de la marcha.

(17)* „Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Juste con otros muchos que traía en mi compañía." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 140.

(18) Ibid., ubi supra.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 19.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 206.

Eran por todos trece buques de diversos tamaños, contruidos bajo la dirección del experimentado carpintero Martín López, ayudado de otros tres ó cuatro artesanos españoles y de los indios aliados, algunos de los cuales mostraban mucha habilidad para imitar. Cuando se concluyeron se probaron con buen suceso en las aguas del Zahuapan, y después se desarmaron; y como López estaba impaciente de la tardanza, puso en hombros de cargadores las diversas piezas de que se componían, la madera, anclas, clavazón, velámen y jarcia, y confiándolos al cuidado de una buena escolta, los mandó á Tezcuco (19).

Entonces despidió Sandoval á una parte de las tropas indias por parecerle supérflua, quedándose con 20.000 guerreros, que dividió en dos cuerpos para proteger á los tamanes, á quienes colocó en el centro (20). De la misma manera distribuyó su pequeño cuerpo de españoles, marchando en la vanguardia los tlascaltecas, bajo las órdenes de un jefe que se preciaba de llevar el nombre de Chichimecatl. Por algún motivo cambió después el orden de la marcha, y puso á esta última división en la retaguardia, lo que disgustó mucho al jefe y reclamó ir en la vanguardia, puesto que él y sus mayores habían ocupado siempre como el de mayor peligro. Algo le calmó Sandoval, asegurándole que por esta misma razón lo había puesto en la retaguardia, pues por allí probablemente los atacaría el enemigo; pero aun con todo esto quedó muy disgustado de ver que el comandante español marchaba á su lado; parece que no quería dividir con otro el laurel de la victoria.

Tarda y penosamente atravesaron las tropas con su pesada carga las escarpadas eminencias y fragosos pasos, presentando, como debe suponerse, al enemigo una dilatada fila vulnerable en muchos puntos; pero aunque se veían de cuando en cuando pequeñas partidas de guerreros que los hostilizaban por sus flancos y retaguardia, siempre se conservaban á una respetuosa distancia, temiendo medir sus armas con tan formidable enemigo. El cuarto día llegó la marcial caravana con toda seguridad á la vista de Tezcuco. Vieron su llegada con regocijo Cortés y sus soldados, porque la consideraban como una señal de la pronta terminación de la guerra. Acompañado el general de sus oficiales, y vestidos todos con sus más ricas galas, salieron á recibir al convoy, que ocupaba un espacio de dos leguas, y caminaba tan lentamente que transcurrieron seis horas para que las últimas filas entraran en la ciudad (21). Los jefes tlascalte-

(19) „Y después de hechos por orden de Cortés, y probados en el río que llaman de Tlaxcalla Zahuapan, que se atajó para probar los bergantines, y los tornaron á desbaratar para llevarlos á cuevas sobre hombros de los de Tlaxcalla á la ciudad de Tezcuco, donde se echaron en la laguna, y se armaron de artillería y munición.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(20) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 207.

Bernal Díaz dice que eran 16.000 (Ibid. ubi supra.) Hay un acuerdo admirable entre los escritores castellanos en cuanto al número de tropas, orden de la marcha, y sucesos que ocurrieron en ella.

(21) “Estendiase tanto la gente, que dende que los primeros comenzaron á entrar,

cas desplegaron todo el lujo de que hacían alarde en su equipo militar; y todo el ejército compuesto de la flor de sus guerreros tenía un aparato brillante. Marchaban á son de trompetas y atabales, y al atravesar la capital en medio de las aclamaciones de la soldadesca, hicieron resonar en sus calles los gritos de „viva Castilla y Tlascala; viva nuestro soberano el emperador” (22).

„Era cosa maravillosa,” dice el general en su carta, „que pocos habrán visto ú oído contar, que se transportasen trece buques de guerra en hombros de cargadores por las montañas, cerca de veinte leguas” (23). Es en efecto un hecho extraordinario, de que no se encontrará ejemplo en la historia antigua ó moderna; que solo un genio como el de Cortés pudo concebir, y solo un espíritu emprendedor como el suyo pudo llevar al cabo. Pocos preverían cuando ordenó la destrucción de la flota en que había venido, y mandó guardar la clavazón y el velámen, el uso á que los destinaba; uso tan importante, que puede decirse que de esa previsión dependió el feliz éxito de su grande empresa (24).

Recibió á los indios aliados con la mayor cordialidad, y les manifestó su agradecimiento por el servicio que acababan de prestarle, dispensándoles aquellos honores y atenciones que él sabía bien halagaban más su espíritu ambicioso. „Venimos,” le contestaron los bravos guerreros, “á pelear bajo vuestra bandera, y vengar nuestro comun agravio, ó á morir á vuestro lado:” é instando al general para que los condujera al combate, „esperad,” les dijo, „á que descanséis y entonces serán satisfechos vuestros deseos” (25).

hasta que los postreros hobieron acabado, se pasaron más de seis horas; sin quebrar el hilo de la gente. „Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 208.

(22) „Dando voces y silvos y diciendo: Viva, viva el emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, y Tlascala, Tlascala.” (Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 140.) Sobre los particulares de la expedición de Sandoval, pueden consultarse los escritores siguientes: Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 19.—Gomara, Crónica, cap. 124.—Torquemada, Monarquía Ind., lib. 4, cap. 84.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 92, Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 2.

(23) „Que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra.” (Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 207.) „En rem Romano populo,” dice P. Martir de Angleria, “quando illustrius res illorum vigeant, non facilem!” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 8.

(24) Dos ejemplos memorables se recuerdan de un transporte de buques por tierra: uno en la historia antigua, el otro en la moderna, y ambos, ¡cosa rara! en el mismo lugar, Tarento en Italia. El primero ocurrió en el sitio que puso Aníbal á aquella ciudad (Polibio, lib. 8.º); el segundo acaeció diez y siete siglos después en tiempo del gran capitán Gonzalo de Córdoba; pero la distancia de donde se los trajo era corta. Otro ejemplo más análogo es el de Balboa, audaz descubridor del Pacífico. Dispuso que se llevarán cuatro bergantines á la distancia de veinte y dos leguas, atravesando el istmo de Darién; trabajo estupendo y no del todo útil, pues solo dos buques llegaron á su destino. Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 2, cap. 11.) Aconteció esto el año de 1516, poco tiempo antes de lo de Cortés, y él tal vez sugeriría á su genio emprendedor la primera idea de su más feliz y más grandiosa empresa.

(25) „Y ellos me dijeron, que trahían deseo de se ver con los de Culúa, y que viesse lo que mandaba, que ellos, y aquella gente venían con deseos, y voluntad de se vengar, ó morir con nosotros; y yo les di las gracias, y les dije, que reposasen, y que presto les daría las manos llenas.” Rel. terc. en Lorenzana, p. 208.